Aquedah – Del Targum Neofiti sobre el sacrificio de Isaac (Gn 22,1-19)

8 abril, 2011jfcontrerasjDeja un comentarioIr a los comentarios

Era todavía de noche cuando Abraham

se disponía a sacrificar a su hijo;

los dos se miraban fijamente

cuando le dijo su hijo Isaac:

AQUEDAH, AQUEDAH,

AQUEDAH, AQUEDAH.

Átame, átame fuerte, Padre mío,

no sea que por el miedo me resista

y no sea válido tu sacrificio

y los dos seamos rechazados.

ÁTAME, ÁTAME FUERTE,

PADRE MÍO,

QUE YO NO ME RESISTA.

Venid y ved la fe sobre la tierra,

venid y ved la fe sobre la tierra,

el Padre que sacrifica a su hijo,

y el hijo querido,

que le ofrece su cuello.

Abraham seguía caminado en busca del lugar fijado por el Señor. El no lo conocía. Pero al tercer día, alzando los ojos, Abraham descubrió el lugar que sin duda el Señor había elegido. En efecto, una columna de fuego se elevaba desde la montaña hasta el cielo y una densa nube cubría la montaña, manifestando sobre ella la gloria del Señor. Se dirigió al hijo:

-Hijo mío Isaac, ¿ves también tú un monte allá a lo lejos como le veo yo?

-Sí, padre mío.

-¿Y qué más ves?

-Veo una columna de fuego que llega hasta el cielo y una densa nube que cubre la montaña como si la cobijara la gloria de Dios.

Abraham se dirigió entonces a los dos siervos y les preguntó:

-¿Veis vosotros un monte y algo sobre él?

-No, no vemos nada; sólo vemos el desierto, como aquí donde nos encontramos.

Abraham comprendió entonces que Isaac era la ofrenda agradable a Yahveh y que, en cambio, no le agradaba la presencia de los dos siervos. Por ello dijo a los siervos:

-Quedaos aquí con el asno (vosotros sois como el asno, veis tan poco como él, pensó para sí Abraham). Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros.[1]

Un espíritu de profecía hizo a Abraham, decidido a sacrificar a su hijo, anunciar que él e Isaac volverían del monte:

Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aún para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura (Hb 11,17-19).

Los dos siervos se quedaron allí, como les mandó Abraham. Entonces Abraham tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac y él tomó el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos.

Isaac dijo a su padre Abraham:

-¡Padre mío!

Abraham sintió el frío del cuchillo en la invocación de su hijo y respondió solícito y trepidante:

-Aquí estoy, hijo mío.

Más helado, el cuchillo se le pegaba a las costillas. Isaac preguntó:

-Tenemos el fuego y la leña; pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Abraham respondió:

-Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.

Y agarraba fuerte el cuchillo con su mano, mientras contestaba.

Y siguieron caminando juntos. Pero la pregunta del hijo seguía mordiendo el corazón de Abraham. Como si no la hubiera respondido, Abraham volvió a decir en un susurro:

-El Señor proveerá, si no… pienso que tú mismo podrías ser elegido como cordero del holocausto.

Abraham sintió un gran alivio al comunicar los planes de Dios, aunque sólo a medias, a su hijo. Isaac, que ya había vencido su lucha con Satán, confortó a su padre, diciéndole:

-Haré con gozo y alegría de corazón todo cuanto te ha ordenado el Señor.

Abraham, animado por la respuesta del hijo, se atrevió a decirle aún:

-Hijo mío, no me escondas tus deseos o pensamientos, dime si tienes alguna duda al respecto.

-Te aseguro, padre mío, que no siento nada en mi interior que me pueda desviar de cuanto te ha mandado el Señor. Ni un miembro, ni un músculo de mi cuerpo ni un hueso ni una pizca de mi carne, se ha rebelado ante el mandato del Señor. Es más, me siento contento de cumplir la voluntad del Señor, a quien se eleva mi alma: ¡Bendito sea el Señor que me ha elegido hoy como holocausto suyo! Sólo me queda una preocupación, ¿qué será de vosotros, de ti y de mi madre, viejos ya los dos? ¿Qué será de vosotros?

-¡Qué alegría me da, hijo mío, oír tus palabras! En cuanto a mí y a tu madre, cercanos ya ciertamente al final de nuestros días, no te preocupes. El Señor, que hasta hoy ha estado con nosotros y nos ha asistido con su gran bondad y misericordia, continuará haciéndolo durante los pocos días que aún nos quedan. Quien ha sido nuestro consuelo antes de que tu nacieras, nos consolará ahora y por siempre.

Cuando llegaron al lugar que le había dicho Dios, Abraham se puso a levantar el altar. Se trataba del mismo lugar en que Adán había construido un altar y que había sido destruido por el diluvio. Reconstruido después por Noé, había vuelto a ser destruido por las generaciones malvadas que surgieron después del diluvio. Abraham erigía el altar ayudado por Isaac, que le acercaba las piedras para su construcción. Una vez levantado el altar, Abraham apiló la leña sobre él; luego ató a su hijo Isaac y le puso sobre el altar encima de la leña, mientras Isaac le decía:

-Aquedá, aquedá: Atame fuerte, padre mío, no sea que por el miedo me mueva y entonces el cuchillo no penetre como se debe en mi carne y no sea válido el sacrificio. Date prisa, padre mío, ¡cumple la voluntad del Señor! Desnuda tu brazo y ata más fuerte mis manos y mis pies, mira que soy un hombre joven de treinta y seis años y tú eres ya un hombre anciano. No quisiera que, cuando el cuchillo degollador esté sobre mi cuello, tal vez temblando ante su brillo, me alce contra ti, ya que el deseo de la vida es incontrolable. En el forcejeo podría herirme a mi mismo y hacer inválido el sacrificio. Te ruego, padre mío, date prisa, cumple la voluntad del Señor, nuestro Dios. Levanta tu vestido, cíñete los lomos, y cuando me hayas degollado, quémame hasta convertirme en cenizas. [2]

Abraham desnudó su brazo, se remangó los vestidos, tomó el cuchillo y apoyó sus rodillas sobre Isaac con toda su fuerza. Sus ojos estaban fijos en los ojos de Isaac, que miraba y reflejaba el cielo, mientras ofrecía el cuello. Isaac dijo aún a su padre:

-Cuando me hayas sacrificado y quemado en holocausto al Señor, toma un poco de mis cenizas, llévaselas a mi madre y dile: “este es el suave aroma de Isaac”.

Al escuchar estas palabras, a Abraham se le saltaron las lágrimas, bañando con ellas a su hijo Isaac, quien rompió también a llorar. Pero, sobreponiéndose, Isaac dijo a su padre:

-¡De prisa, padre mío, cumple ya la voluntad del Señor!

Abraham apretó el cuchillo y lo levantó para sacrificar a su hijo. Y Dios, sentado en su trono, alto y exaltado, contemplaba cómo los corazones de padre e hijo formaban un solo corazón. Entonces los ángeles se congregaron en torno al Señor y también ellos rompieron a llorar, diciendo:

-Santo, Santo, Señor del cielo y de la tierra, rey grande y misericordioso, que estás por encima de todos los seres y das vida a todos, ¿por qué has ordenado a tu elegido hacer esto? Tú eres llamado el compasivo y misericordioso, porque tu misericordia alcanza a todas tus obras. Ten compasión de Isaac, que es un hombre, hijo de hombre, y se ha dejado atar como un animal. Tú, Yahveh, que salvas al hombre y al animal, como está dicho: “Tu justicia es como las altas cordilleras, tus juicios como el océano inmenso. Tú, Yahveh, salvas al hombre y a los animales” (Sal 36,7). Rescata a Isaac y ten piedad de Abraham y de Isaac que están obedeciendo tus mandatos. Usa, Señor, tu misericordia con ellos.

El Señor, dirigiéndose a los ángeles, complacido, les dijo:

-¿Veis cómo Abraham, mi amigo fiel, proclama la unicidad de mi Nombre ante el mundo? Mirad y ved la fe sobre la tierra: un padre que sacrifica a su hijo querido y el hijo que le ofrece su cuello. Si os hubiera escuchado en el momento de la creación, cuando me decíais: “¿Qué es el hombre para que te fijes en él?”, si entonces os hubiera escuchado, ¿quién hubiera proclamado la unicidad de mi Nombre en el mundo?

Los ángeles rompieron de nuevo a llorar. Sus lágrimas caían sobre el altar. Tres lágrimas de los ángeles cayeron en los ojos de Isaac; por eso, desde entonces, la vista de Isaac fue tan débil, como está escrito: “Sus ojos debilitados ya no veían” (Gn 27,1).

El Señor escuchó el llanto de sus ángeles y en el momento en que Abraham iba a descargar el cuchillo sobre el cuello de Isaac, el alma de éste, como un relámpago, subió al cielo al tiempo en que se oyó una voz potente, que descendía del cielo:

-¡Abraham, Abraham!

Abraham, reconociendo la voz, respondió como había hecho antes:

-¡Heme aquí!

El ángel del Señor le dijo:

-No alargues la mano contra el niño ni le hagas nada. Ahora ya sé que temes a Dios ya que no le has negado tu hijo, tu único hijo.

En aquel momento el alma de Isaac descendió del cielo y animó de nuevo su cuerpo. Isaac exclamó:

-¡Bendito eres Tú, Señor, que devuelves la vida a los muertos!

Abraham hizo descender a Isaac del altar, lo desató y, elevando los ojos al cielo, dijo:

-Oh Señor, Dios mío, no te he negado mi hijo, el único, el ser más querido de mi vida, por eso, ahora, te ruego: ten misericordia de todos los descendientes de Isaac, detén tu justa cólera cuando pequen, perdona sus pecados y sálvalos cuando se hallen en peligro.

El Señor le respondió:

-Ya sé que, por desgracia, los descendientes de Isaac no me serán siempre fieles como él y harán lo que está mal a mis ojos. Me sentiré obligado a juzgarles al comienzo de cada año. Pero en mi juicio, si ellos me piden perdón, elevando hacia mí sus súplicas y sonando el shofar, el cuerno de un carnero, como el que está detrás de ti…

Abraham se volvió y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Abraham contempló cómo cuando el carnero lograba liberar los cuernos de una zarza, se le enredaban en otra. El Señor continuó diciendo:

-Así sucederá a los descendientes de Isaac. Permanecerán trabados en muchos países, irán errando de un pueblo a otro, de una nación a otra, hasta el día en que yo coja el cuerno de este carnero y lo toque en señal de rescate, librándolos de todas las opresiones. Entonces ellos retornarán a su tierra.

El carnero, que entonces veía Abraham, era -según la tradición hebraica- el mismo que Dios había creado, con otras cosas, al final del sexto día de la creación del mundo, al atardecer, en la vigilia del Sábado, destinándolo a sustituir a Isaac. Le había hecho pastar en el Edén, bajo el árbol de la vida, había bebido el agua del Edén y su aroma se había esparcido por todo el mundo.

Este carnero, pues, comenzó a caminar hacia Abraham, pero entonces apareció de nuevo Satán, que lo agarró y lo enredó otra vez entre las zarzas para que no pudiera llegar hasta a Abraham, para que éste se viera obligado a sacrificar a su hijo. Pero el carnero se desenredó rápidamente y corrió hasta donde estaba Abraham. Sentía la alegría de ofrecerse en holocausto en lugar de Isaac. Para ello había sido creado.

Tomando Abraham el carnero lo sacrificó en lugar de su hijo. Con la sangre del carnero asperjó el altar, diciendo:

-Esta sangre la ofrezco en lugar de mi hijo, que sea considerada como el sacrificio de mi hijo que habría debido ofrecer.

El grato olor del carnero subió hasta el trono de la gloria de Dios y Dios aceptó el sacrificio del carnero, considerándolo como si hubiera sido el sacrificio del mismo Isaac y juró bendecirlo en este mundo y en el mundo futuro, como está escrito: “Bendecir te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo” (Gn 22,17).

ISAAC FIGURA DE CRISTO

“Abraham recobró a Isaac para que fuera figura” (Hb 11,19) de Cristo. El Moria y el Gólgota están unidos en la mente de Dios. En el Gólgota Dios Padre lleva a cumplimiento pleno el sacrificio del Moria:

Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que El fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó. ¿Qué decir a todo esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿como no nos dará con El todo lo demás? ¿Quién se atreverá a acusar a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién podrá condenar? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió por nosotros? Más aún, ¿el que fue resucitado y está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros? (Rm 8,28-34).

Cristo Jesús, después de celebrar, como Abraham, un banquete, salió con sus siervos, los apóstoles, hacia Getsemaní. Abraham, manda a sus siervos que se queden a las faldas del monte, Jesús también dirá a los apóstoles: “quedaos aquí, mientras yo voy allá a orar” (Mt 26,36). Isaac carga con la leña para su holocausto, Cristo carga con el madero de la cruz (S. Cirilo de Alejandría). Isaac pide ser atado de pies y manos, Cristo es clavado de pies y manos a la cruz. El verdadero cordero, que sustituye a Isaac, es Cristo, “el Cordero de Dios que carga y quita el pecado del mundo” (Jn 1,29; Ap 5,6):

Sabéis que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha ni mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa vuestra, los que por medio de El creéis en Dios, que lo ha resucitado de entre los muertos y le ha dado gloria, de modo que vuestra fe y vuestra esperanza estén en Dios (1P 1,18-21).

Detrás -después- de Isaac, aparece Cristo, el cordero inmaculado, enredado en el arbusto de la cruz, con su frente coronada de espinas (S. Agustín). Dios Padre, que interrumpió el sacrificio de Isaac, “no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros” (Rm 8,32). “Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único” (Jn 3,16); “en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su hijo único para que vivamos por medio de El” (1Jn 4,9). San Ambrosio concluirá: “Isaac es, pues, el prototipo de Cristo que sufre para la salvación del mundo”.

Abraham, que “vio el Día de Cristo y se alegró” (Jn 8,56), llamó con razón aquel lugar “Yahveh provee”, de donde se sigue diciendo: “En el monte Yahveh provee”.

Pero, en realidad, no se llamó así aquel monte. Abraham quiso llamarle Hireh: Dios ve y provee. Pero el Señor se dijo: Si confirmo el deseo de Abraham, Sem, hijo de Noé, sentirá tristeza, pues él ya le ha llamado Shalem: monte de la paz. Y si confirmo el nombre de Sem, quien sentirá tristeza será Abraham. Mejor será llamar a este lugar Jerushalajm, es decir Jireh-Shalem y, de este modo, los dos quedarán contentos. Así se llamó para siempre: Jerusalén. En Cristo cobraron sentido los dos nombres: Dios ha provisto en Cristo, el Cordero degollado, para todas nuestras pruebas, de aquí que Cristo sea nuestra paz.

Y en aquel día el Señor bendijo a Abraham y a toda su descendencia, diciendo:

-Juro por mí mismo que, por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, te colmaré de bendiciones y acrecentaré incontablemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, por haber obedecido tú mi voz.

“Te bendeciré”, dijo el Señor, en este mundo y en el mundo futuro; “te multiplicaré”: en este mundo y también en el mundo futuro multiplicaré “tu descendencia”; “como las estrellas del cielo”: resplandecerán como las estrellas del cielo; “y como la arena de las playas de la tierra”: así como la arena de las playas del mar, aunque sea pequeña, detiene las grandes olas del mar, así será la fuerza defensiva de las generaciones futuras. Está escrito: “Si los quiero contar son más numerosos que la arena” (Sal 139,18), es decir, si quiero contar tus obras, Señor, en favor del justo, son más numerosas que las arenas y si ya la arena, siendo pequeña, sirve de defensa, cuánto más lo serán tus obras en favor del justo, siendo como son más numerosas que las arenas.

Los Sabios, bendita sea su memoria, podrán decir:

Abraham, padre insigne de una multitud de naciones, no se halló quien le igualara en gloria. El guardó la ley del Altísimo, y con El entró en alianza. En su carne grabó la alianza y en la prueba fue hallado fiel. Por eso Dios le prometió con juramento bendecir por su linaje a las naciones, multiplicarlo como el polvo de la tierra, encumbrar como las estrellas su linaje, y darles una herencia de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra (Si 44,19-21).

Abraham, después de escuchar la bendición de Dios, alzó sus ojos al cielo e imploró:

-Oh Señor, prométeme que no me someterás ni a mí ni a mi hijo a más pruebas. Un hombre, se comprende que ponga a prueba a otro hombre, ya que no puede saber, de otro modo, lo que hay en su corazón. Pero Tú conoces de antemano lo que hay en el corazón de cada hombre; ¿acaso no sabías ya antes de darme la orden de sacrificar a mi hijo que no habría dudado en hacerlo?

Le respondió el Señor:

-Ciertamente, yo lo sabía, pero tú mismo no lo sabías. Y además, tú sabes muy bien que frecuentemente las solas palabras sirven bien poco, más aún, a veces no sirven de nada, como las buenas intenciones. En cambio, siempre sirven los hechos. Por ello yo he elegido el único modo válido para que el mundo entero, hoy y en el futuro, sepa que no por casualidad te he elegido entre todos los hombres de la tierra como mi fiel servidor. Así quedará escrito para siempre:

En la confusión que siguió a la común perversión de las naciones, la sabiduría conoció al justo, le conservó irreprochable ante Dios y le mantuvo firme contra el entrañable amor a su hijo (Sb 10,5).

Durante estos diálogos entre Dios y Abraham, el fuego iba quemando el carnero puesto sobre el altar. Pero el fuego no quemó todo el carnero; quedaron ilesos del fuego: diez tendones para el arpa de David, rey de Israel; la piel, para la cintura del profeta Elías (2R 1,8); los dos cuernos: el izquierdo para sonar sobre el monte Sinaí el día de la revelación de la Torá (Ex 19,19), y el derecho, que es más grande que el izquierdo, quedó escondido hasta el día en que el Señor llame con él a todos los exiliados para que vuelvan a Sión. En aquel día se oirá el sonido de este cuerno desde un extremo al otro del mundo y los hijos de Israel retornarán a su tierra. Entonces “sonará el gran cuerno y retornarán los que estaban a punto de perecer en Asiria y también los de Egipto y adorarán al Señor en la santa montaña de Jerusalén” (Is 27,13). Este cuerno es la trompeta de la liberación, que anuncia el Mesías y la resurrección final (Mt 24,30-31; 1Ts 4,16; 1Co 15,52).

Mientras descendían del monte Moria, Abraham con el corazón dilatado, comentaba con su hijo Isaac:

-Ya has visto todo el bien que nos ha hecho el Señor, bendiciendo las obras de nuestro corazón y de nuestras manos. Esto se lo debemos al hecho de que Sem me ha enseñado la Torá y, en particular, el modo de ponerla en práctica cada día. Por ello me parece conveniente que tu vayas un tiempo a casa de este justo y sabio a completar tus estudios de la Torá. Aprende con él cómo escuchar la Palabra de Dios y a guardarla en tu corazón, rumiándola dentro de ti, para que en todos los hechos de tu vida descubras la voz del Señor. Así serás bendito por siempre. De este modo podrás, además, transmitir la Torá fielmente a tus hijos de modo que la Palabra del Señor no se aleje jamás de la boca de tus hijos y de los hijos de tus hijos por siempre jamás.

Isaac acogió gustosamente el consejo de su padre. Abrazando al padre, se despidió de él y se fue directamente en busca de Sem. Por ello en la Escritura se lee: “Y luego volvió Abraham al lado de sus mozos y emprendieron juntos la marcha hacia Berseba, donde se quedó Abraham” (Gn 22,19). Isaac ya no es nombrado. Abraham podrá decir, con verdad, a Sara que le ha dejado en la escuela de Sem.

Emiliano Jiménez Hernández

Notas

[1]“En el tercer día, Abraham levantó sus ojos y divisó el lugar desde lejos. Él dijo a sus jóvenes hombres: quédense con el asno”. Bastante interesante, Dios le dijo inicialmente: “toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac y vete a la tierra de Moriá y ofrécelo allí como sacrificio sobre uno de los montes que Yo habré de indicarte”.Dios no le dijo a Abraham sobre que montaña él tendrá que sacrificar a Isaac; esa información tendría que seguir. Pero en el versículo dice que Abraham levantó sus ojos y divisó el lugar desde lejos. El Midrash explica:

“Y vio el lugar desde lejos”: ¿Qué es lo que él vio? Él vio una nube que envolvía a la montaña, y dijo: ‘Parecería que ese es el lugar donde Dios me dijo que sacrificara a mi hijo’. Luego le dijo a él (Isaac): ‘Isaac, mi hijo, ¿ves lo que yo veo?’. ‘Sí’ él respondió. Le dijo él a sus dos sirvientes: ‘¿Ven lo que yo veo?’ ‘No’ ellos respondieron. Puesto que ustedes no ven, quédense aquí con el asno (Midrash Rabá – Génesis 56:1-2).

Sólo Abraham e Isaac vieron la nube, la entidad espiritual flotando sobre la montaña. Cuando Abraham le dice a los jóvenes hombres que se queden con el asno, debemos notar que la palabra hebrea para asno es “jamor”, que está relacionada con la palabra “jomer” (que significa físico/materia), como diciendo: ‘Si ustedes no pueden ver la nube espiritual que flota sobre la montaña, su percepción es solamente de lo físico, y no tienen otra opción que quedarse con lo físico’.

[2] Cuando el momento de la ejecución llegó, Isaac fue atado al altar. Nunca le fue ordenado a Abraham, atar a Isaac; de hecho, la palabra hebrea para atar es “akedá”. El sacrificio de Isaac ha sido llamado a través de las generaciones “akedat Isaac”, la atadura de Isaac. ¿Por qué Abraham ató a Isaac si Dios nunca le pidió que lo haga? Los Sabios en el Midrash completan la información que falta. De acuerdo al Midrash, Isaac es un participante voluntarioso y entusiasta en esta excursión. Él se apoya en el altar, estira su cuello, y luego le dice a su padre: “Padre, el alma está dispuesta pero la carne es débil. Átame, para retenerme, para prevenir que me estremezca al ver la espada”.

De acuerdo al Midrash, la idea de la atadura fue completamente de Isaac. Es por eso, que a lo largo de la historia, nos referimos a este acto como “La Atadura de Isaac”.